LA ROSA DE TRINIDAD.

Dedicada al S.r José A. Hernandez.

I.

En la verde pradera
Que con sonante espuma
Riega el Táyaba undoso
Y flores mil dibujan,
Hay un rosal lozano,
Cuyo aliento perfuma
El aire fresco y suave
Que en torno de él circula.
Coronado de perlas
Le deja el alba pura,
Los céfiros le halagan,
La aurora le saluda,
Y las parleras aves
En su redor se agrupan
Cantándole abstraidas
Mil himnos de ventura.
Allí una madrugada
Al brillo de la luna
Cercado del solemne
Silencio de las tumbas,
Pulsando distraído
Su bella lira ebúrnea,
Así cantaba un bardo
De la risueña Cuba.

II.

«Flor preciada que el alba serena
Como estrella de paz y de amor
Grata mueves tu córola amena
Esparciendo suavísimo olor;
¡Cuánto es bello en tu cerco divino
Ver lucir el licor matinal,
Tu animado color purpurino
Y tu eterno verdor tropical!
Sola tú consoláras ¡oh Rosa!
Mi pesar y amargura cruel;
Bendiciones á tí, reina hermosa
Del florido y fecundo verjel.
Si en las ondas del Táyaba brilla
Tu beldad de una ninfa en su sien,
Del San Juan en la plácida orilla
Nacen rosas y ninfas tambien.
Nacen rosas y ninfas, no empero
Más hermosas que aquestas serán,
Yo á cantarlas me brindo sincero,
Si les place el cantor de San Juan.
«Triste el bardo, dirán las hermosas,
Sin ventura á estos campos llegó,
Y del Táyaba á ninfas y rosas,
Olvidando sus males cantó.»

III.

Perdóname ¡oh flor! si en tanto
Que el suave Alisio te mece,
Solo entono un débil canto,
Y no el himno que merece
Tu inocente cáliz santo.
Acaso en mejores días
Te tributaré loores;
Pues las desgracias impías
Más inspiran elegías,
Que cánticos á las flores.
Quizás desde el Yumurí
Recordaré tu beldad,
Y veré presente allí
Con sus hojas de rubí
La Rosa de Trinidad.
Adiós, Rosa peregrina,
Flor de dicha y bendición,
Jamás te amague la ruina,
Ni el arrasante Aquilón
Deshoje tu faz divina.
A las castas hermosuras
Que me representas hoy,
Darás tus esencias puras;
Mientras yo infelice voy
A sentir mis desventuras.»

IV.

Dijo el bardo, y suspirando
Marchóse por la espesura
Que de San Ignacio el valle
A la simple vista oculta;
Bien como tórtola ausente
De su amor tálamo y cuna,
Que al discurrir por los campos
Tristísimamente arulla.

LA PARTIDA DEL PIRATA.

PRIMERA PARTE.

De un bergantin en la popa,
Envuelto en su negra capa,
Fumando tabaco puro
Con una pipa de plata,
Ante cien robustos hombres
Que en él fijan sus miradas,
Estaba el más bravo jefe
Que han tenido los piratas.
Sobre su purpúrea gorra
La borla de oro resalta,
Cual viva chispa de fuego
Entre una flor de granada,
Su pálida frente anuncia,
Y sus siniestras miradas,
Que allá en su mente dispone
Alguna horrible venganza.
Luego como quien recuerda
De sus desdichas la causa,
El rostro baja, y por él
Rueda una sonrisa amarga.
Entónces la gente ordena,
Su sonora voz levanta,
Y la violenta partida
De aquesta manera manda.

II.

—¡A la mar! ¡á la mar! compañeros,
Que la tierra nos quiere tragar;
No hay cuartel, preparad los aceros:
Hierro y fuego. ¡A la mar!...! ¡á la mar!
No más danzas; sangrientos horrores
Do quier lleve el fulmíneo cañon,
Tiemblen esos del mundo señores

Solo al ver mi fatal pabellon;
De perfidias é injustos rigores
Nuestra nave nos puede librar.
¡A la mar!....
Para estar en desgracia infinita,
Existir oprimido tal vez
Y morir en la tierra maldita,
Vale más ser el pasto de un pez.
¿Quién la vida en las ondas me quita
Sin la suya tambien arriesgar?
¡A la mar!....
Nuestra nave sus velas extienda
Aunque ruja el sonante Aquilón,
De las nubes el rayo descienda,
Suba el Ponto á la etérea región
Y nos lance con furia tremenda
Al abismo. Las anclas levar.
¡A la mar!....

III.

Dijo el pirata. Los demás callaron
Y ante su aspecto sosegado y grave
Los cables de las áncoras cortaron
Al son del pito: la graciosa nave
Sus blancas velas desdobló gallardas
Que al soplo de los céfiros se henchian,
Y confundióse entre las nubes pardas
Que el cóncavo horizonte oscurecían.

IV.

No ya el canto de aquellos marinos
Era dado en la tierra escuchar;
Pero el eco, en los montes vecinos
Aun sonaba ¡á la mar!.... ¡á la mar!

EL PIRATA EN LA MAR.

SEGUNDA PARTE.

I.

Como por medio de pesadas nubes
Rápida cruza voladora garza
Rasgando el verdinegro manto aéreo
Al rebatir de sus brillantes alas;

Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda;

Jicotencal.

Así rompiendo las cerúleas olas
El lijero bajel sobre las gabias,
Deslízase veloz, mostrando solo
Entre el cielo y la mar sus velas blancas.
«Hoy es mi cumpleaños, compañeros,
Y viene á visitarnos la borrasca;
Venga en buen hora á saludarnos, venga;
Las copas preparad para la salva,
Tiemble el cobarde, al escuchar su silbo,
Que anhela afeminado en muelle calma
La vida mujeril y voluptuosa
Que en los palacios ignorados pasa.»

II.

Dijo el pirata, en tanto
Que entusiasmada la marina gente
Saluda á voces de su jefe el santo,
Y mientras ráuda cual ligera pluma
Surca la nave el piélago rugiente,
Nevados copos de salada espuma
Saltan del Ponto á coronar su frente.

III.

En el lejano horizonte
Airado el mar se levanta,
Formando móviles grupos,
Bien como noche nublada
En que á intervalos asoma
La Luna su frente clara,
Y discurriendo las nubes
Cuyas prestas sombras pasan
Por los encumbrados montes
Cual gigantescas fantasmas,
Parece que el monte oscila
Y se mueven las montañas.
El ávido ojo del tope,
Perspicaz como el del águila,
Ha divisado un objeto;
Obsérvale atento y clama:
«¡Vela, á babor...!»—«¡Vela...! vela...!
(Grita tambien el pirata;)
Compañeros, á virar;
Hoy nada nos hace falta.
Tenemos combate y vino,
Prendas, sedas, oro y plata;
Ya veis que os brinda mi día
Sangre, festin y borrasca.»

EL VEGUERO.

A mis amigos de Villa-Clara.

EL ECO.

Caros amigos que un día
Cuando Plácido vagaba
Por las fértiles llanuras
Que fecundan los dos Saguas,
Vosotros los que me vísteis
En vuestra dulce compañía,
Del *Cayo* á *Guaracabuya*,
De las *Huertas* á las *Lajas;*
Los que francos y sinceros
Acallásteis mi desgracia,
Recibid este presente
Que mi amistad os consagra,
Como hijo de un corazón
Sin interés y sin manchas;
Grande como las llanuras
Do pacen vuestras manadas.
Y vosotras, bellas ninfas
De fogosísimas almas,
Las que de amarillas moyas
Y aguinaldos coronadas,
Del Bélico (11) á las orillas
Más alegres que las Gracias
Felicitais á la Aurora
Del Abril en las mañanas,
Acojed este tributo
Débil, que os brinda mi alma
Porque sois merecedoras
De más sublime alabanza.
Más de un año há que no veo
Por mi mal vuestras moradas,
Y aún... suena en mi corazón
El Eco de Villa-clara.

EL VEGUERO.

1.º

Oye mis cantos, esquiva
Trigueña de Villa-Clara,
La de la frente de oro,
La de los lábios de grana.
La del corazón de fuego,
La de los dientes de nácar,
La de los ojos de vírgen
La del aliento de ámbar.
Tú eres fresca cual las flores,
Esbelta como la palma,
Cándida cual la paloma
Y risueña como el Alba.
Alegre como la Luna
En serena madrugada,
Brillante como la Aurora
Del Abril en las mañanas,
Pura como los arroyos
Que entran bullentes en Sagua,
Bella como el colibrí,
Ligera como la garza.
Un solo defecto abrigas,
Trigueña de Villa-Clara,
Pór él te maldigo á veces
Porque con ese me matas.
Y á veces por él tambien
Te entono mil alabanzas;
Y es, el desden asesino
Con que me partes el alma.

2.º

Deja ese desden, trigueña,
Porque la experiencia enseña
Que desdenar y querer
Es echar al fuego leña
Y sentarse á verlo arder.
¿Porqué me vuelves la cara
Cuando de hablarte concluyo,
Si sabes por mágia rara
Que mi corazón es tuyo,
Trigueña de Villa-Clara?

No alcanzan mis proporciones
A darte ricos topacios,
Ni te ofreceré millones,
Ni magníficos palacios
Con dorados artesones;
Pero si me quieres, yo
Te puedo un pecho brindar
Que jamás doblez usó,
Ni supo lo que era amar
Hasta que te conoció.
Si aceptas mi petición,
Cortaré cedros en Sagua,
Y haré para nuestra unión
La más bella habitación
Que tenga Manicaragua.
Donde sus hojas desplega
La planta, que hasta el confin
Del mundo preciosa llega:
Allí tengo yo una vega.
Y entre la vega un jardin.
En él hay para tu sien
Jazmin, clavel, cambustela,
Y tiene calles tambien
Del malambo y la canela
Que nacen en Caibarien.
En dos arroyos que dan
Vueltas al monte sombrío,
Tus negros ojos verán
Las clavellinas del río
Y los lírios de San Juan.
Verás á la *vergonzosa*,
Tibia por naturaleza,
Y la blanca extrana-rosa
Que no te excede en pureza
Ni se te iguala en lo hermosa.
Cuando te quieras bañar
Tendrás una bella poza
Clara y limpia, donde al par
Junten su esencia la rosa
El jazmin y el azahar.
Tengo en un lindo cantero
Que á tu nombre dediqué:
Ruda, albahaca, romero,
Varitas de San José
Y espuelas de caballero.
Ambarinas hay nacientes,
Amapolas ondeantes,
Hay pensamientos rientes,
Y hay azucenas brillantes
Tan blancas como tus dientes.
Tú sola en Manicaragua
Brillarás linda hechicera,
Como del fecundo Sagua
En la sonante ribera
Brilla la flor de majagua.
No nací con heredad:
Si admites esta pequeña
Ofrenda de mi lealtad,
Harás mi felicidad
Y harás la tuya, trigueña.
Así *Mayo* repetía
Sobre una peña en la altura
De Cerro-Calvo, y gemía
Mirando una fuente pura
Que bajo sus piés corría.
En la verde orilla hojosa
Advierte que alguien había,
Pára su atención cuidosa,
Y ve una jóven garbosa
Que sus cantares oía.
Ya se esquiva, ya presenta
Sus formas de vez en cuando,
Como el que ser visto intenta
Y con cuidado aparenta
No ver que lo están mirando.
El jóven amante, que
Tan sólo en la que le inspira.
Piensa con ardiente fé,
Y hasta en las flores que mira
Le parece que la vé;
El *tiple* deja en la peña,
Baja con algun recelo,
Escóndese en una breña
Al márgen del arroyuelo,
Y conoce á su trigueña.
Mas ella, que diligente
A soslayo le observaba,
Mostrábase indiferente,
Fingiendo que se miraba
En el cristal de la fuente.
Por gracia tan no esperada
Gozoso al cielo bendice,
Y acercándose á su amada,
—«Salud, Celinda adorada,»
Con dulce acento le dice.
«Deja, imán de mi pasión,
Tu linda boca besar,
Y te daré en galardón
Ante Dios el corazón
Y la mano en el altar.»—

Celinda, en quien parecía
Ser el desden natural,
Para ocultar su alegría
Veló el rostro con el chal
Y le dió lo que pedía.

En sus brazos la estrechó
Mayo, loco de contento;
Ella tambien lo abrazó:
Soltóse, y despareció
Más veloz que el pensamiento.

ÉGLOGA CUBANA.

PLACIDO—ELINO—POETA.

POETA.

Una noche de Abril, cuando la Luna
Espléndida se alzaba en el oriente,
Más clara y más hermosa que otra alguna,
Y las flores mecieran blandamente
Sus pétalos de aromas perfumados,
Y jugaban los cisnes en las fuentes;
Dos vegueros de Cuba, enamorados,
En prez cantaron de sus ninfas bellas
Sobre la verde yerba recostados.
Al fluir de su númen las centellas,
Que llegáran al cielo cristalino
Y en su marcha pasaran las estrellas,
Acordáronse Plácido y Elino,
Y así, al aire lanzaron sus acentos,
Acompañando el cántico divino
Melodiosos y suayes instrumentos.

PLACIDO.

Los negros ojos de mi Fela linda
Tal mágia tienen si al mirar sonríen,
Que alma no habrá que en su furor no rinda
Ni corazón glacial que no extravíen;
Puros inciensos el amor les brinda
Con tal que un rayo de su luz le envíen;
Y les hacen las gracias régia salva
Como las aves saludando al Alba.

ELINO.

La casta frente de mi amada Evena
Es de jazmines cual naciente aurora
Cuando en cuna de nacar y azucena
La noche ahuyenta y el oriente dora:
Su faz divina de inocencia llena
La hace del mundo y de mi amor señora,
Pudiendo dar con su color hermosa,
Blancos al lirio, púrpura á la rosa.

PLACIDO.

Entre verdes naranjos, los *cabreros*
Circuidos de blancos azahares,
Trinaban dulces himnos hechiceros,
Cuando Fela entonando sus cantares
Hizo mover los altos cocoteros.
Suspendió la corriente de Almendares,
Y las aves dejaron las canciones
Por tomar de su cántico lecciones.

ELINO.

Cuanta flor en boton el campo tiene
Y áspera fruta verde y sin dulzura
Y hoja seca en el árbol se sostiene,
Se abre y revive y tórnase madura
Si mi veguera con su tiple viene
La voz alzando que le dió natura;
La dulce voz, que dá con su armonía
Alma á los prados y esplendor al día.

PLACIDO.

Cuando Fela con ceño mira airada
Turbado bate el mar la arena muda,
La pradera de flores salpicada
El bravo cierzo con furor desnuda,
Y el Sol tras nube densa y dilatada
Su carro esconde y su camino duda;
Pero si luego rie, en el momento
Brilla el Sol, calma el mar, serena el viento.

ELINO.

¿Ves, Plácido, en mitad del arroyuelo
La vespertina estrella retratada?
En vano hallarla intentas en el cielo,
Que aun no es su hora de salir llegada:
Debes buscarla en el florido suelo,
En mi adorada Evena, que sentada
Está en las gramas de la opuesta orilla,
Y entre las ondas como Vénus brilla.

PLACIDO.

¿Ves, Elino, la Luna cuán luciente
Tras rojas nubes perfiladas de oro
Llena de luz el aire transparente,
Reina del cielo en estrellado coro?
Topacio inmenso brilla en el oriente
Regando al mundo fúlgido tesoro;
Pues mústio y triste su esplendor quedara
Al ver de Fela la divina cara.

ELINO.

Siendo cándida y fresca cual la rosa,
Y suave y pura la pastora mía,
Es lo menos que tiene, ser hermosa;
La virtud santa sus acciones guía,
Prenda tanto más alta y más preciosa
Cuanto menos se encuentra en este día:
Natural en amor, franca en el trato;
Adoro su candor y su recato.

PLACIDO.

Tanto me obliga tu amoroso acento
Que segun vas, Elino, retratando
A tu adorada, lloro de contento
Y de Evena me voy enamorando.
Al cielo mismo arrebatarme siento
Y quisiera por ella estar cantando.
Canta á mi Fela, si te place, ahora,
Y déjame loar á tu pastora.

ELINO.

¿Yo cambiar á mi Evena? Ni por Diana.
¿Yo celebrar ni en chanza otra pastora?
Plácido amigo, la propuesta es vana:
Yo sé que Evena la verdad adora.
No quieras dar lugar á que mañana
Triste suspire la que nunca llora.
¡Plegue á Dios que jamás haya querella
Entre tu amante y mi pastora bella!

PLACIDO.

Un abrazo, mi Elino, quiero darte
En prueba de mi júbilo y terneza:
De mañas me valí; perdona el arte:
Quise ver lo que amabas tu belleza,
Y en verdad, que esa ninfa en adorarte
Solo cumple en pagar tanta fineza;
Pues eres como yo tan fino amante,
Y yo soy como tú tambien constante.

POETA.

Seguir quisieran su cantar festivo
Al son del tiple acorde los pastores
Hasta que el alba con destello vivo
Perlas vertiera y despertara amores,
Y al eco de sus voces melodiosas
Contestáran arpados ruiseñores;
Mas de repente salen las hermosas
Zagalas, que escuchaban escondidas,

Con sus guirnaldas de fragantes rosas
Que el aire de la selva embalsamaron,
Y de los dos amantes, candorosas,
Las inspiradas frentes coronaron.

Vino despues el refulgente día,
Y los pastores y sus ninfas bellas
Nada dijeron que pasado había,
Solos, de noche, amantes y cantores,
Quien dijera verdad, si hablasen ellas,
Fueran la Luna, el Alba, las estrellas,
Y las aves, las plantas, y las flores.

A MI AMIGO J. DE LA C. C.

En la muerte de Fela.

Antes que el rojo Apolo
En oriente sacuda
Las hebras relucientes
De su melena rubia;
De mi adorada Fela
Quiero sobre la tumba
Plantar un árbol verde,
Cuya sombra la cubra,
No de los fuertes rayos
Del Sol, ni de la pura
Claridad que en la noche
Dá la modesta Luna,
Antes que del olvido
La salve su verdura,
Y no á la hoz del tiempo
Debilmente sucumba.
¿Y cómo conseguirlo
Pudiera en mi amargura
Si tu númen esquiva
La generosa ayuda?
Ya Elino me ha ofrecido
Con la fé que acostumbra
De ciprés triste un ramo;
Favio tambien sin duda
Sentirá mis desgracias
Como las propias suyas:
Y tú, por la primera
Vez que mi voz te ocupa,
¿Querrás desentenderte
De obligación tan justa?
¡Ay! Castro, no es mi llanto
Fingido; la amargura
Que siento acá en el alma
No sin razón me turba.
¿Viste un naranjo bello
Que de doradas frutas,
Cargado está orgulloso
Sobre la márgen turbia
De un impetuoso rio,
Y tempestá iracunda
Con horrísono estruendo
De un golpe le desnuda,
Llevando la corriente
Lo que con pena suma
Crió por tanto tiempo
Sin que le quede alguna?
Tal ha sido mi historia,
Mira si es bien que sienta
Mi suerte aciaga y cruda
Hasta que el seco polvo
Mi yerto cuerpo cubra,
O tu amistad mitigue
Mi llanto y mi amargura.

NOTAS DE LAS POESÍAS VARIAS

(1) Publicamos con duda esta composición, que bajo el pseudónimo el *Jardinero*, encontramos en la *Aurora* de Matánzas, y se nos asegura que es de PLACIDO.

(2) Hecha á petición de un amigo.

(3) Esta composición aparece suscrita por *Un Trinitario* en un periódico de Trinidad, y se dice que la hizo PLACIDO á petición de un amigo.

(4) Tragedia «Pelayo.»

(5) Composición inédita dedicada al poeta cubano D. José María Heredia, con motivo de su llegada á esta ciudad de Matánzas. No aparecen más que estos fragmentos, que suponemos sea la introducción del canto.

(6) Esta composición fué dedicada por el autor en nombre de Dorila de Almendar.

(7) Monte enclavado al O. de la bahía de Matánzas.

(8) Heredia.

(9) Damos paso á esta composición porque abunda en ideas avanzadas.

(10) Escrita en la capilla la noche víspera de la ejecución.

(11) «Bélico»—El arroyo que circunda esta villa que hoy puede llamarse almacen general del comercio terrestre; aún no tiene nombre, y me creo tan autorizado como otro cualquiera para darle éste, atendiendo á que su orilla es un mineral de imán, y en su márgen nacen laureles: símbolos, el primero de la guerra, y los segundos de la victoria.—Nota del autor.—

S. A. M.

QUINTA PARTE

FÁBULAS

EL PERRO.

Habíale dado á un perro
La manía extravagante
De probar que el ser valiente
Lo heredaba por su sangre.
Cierta vez se hallaba en medio
De otros cachorros, muy grave,
Relatando como suyas
Hazañas que oyó á su padre.
—Yo no he menester carlanca,
(Decía en tono arrogante)
Para cuerpo á cuerpo, y solo,
Rendir al lobo más grande.
Al jabalí que diviso
No haya miedo que se escape,
Y me holgara mucho el día
Que con un tigre me hallase.—
Un perro viejo que oculto
Escuchaba al zaragate,
Quiso con astuto ardid
Probar el valor del jaque:
Finjiendo un pánico miedo
Salió de los matorrales,
Y dijo:—«¡Un lobo me sigue!
¿No hay un jóven que me ampare..?»
—«¡Lobo...! (exclamó el valentón)
A su abuela que lo aguarde.»—
Y desapareció más breve
Que el relámpago en el aire.

A cuántos he visto yo
De este perro semejantes,
Buenos y guapos, de boca,
De hechos, malos y cobardes.

LOS HOMBRES Y LAS AVES.

Huérfano desde el nido,
Sin plumas y en la infancia,
Un pichoncillo tierno
Tristemente piaba.

Pajarracos distintos
Y animaluchos pasan,
Los unos por el tronco,
Los otros por las ramas.